Día 18

SALMO 61

«Porque tú eres mi refugio, mi baluarte contra el enemigo.
Anhelo habitar en tu casa para siempre y
refugiarme debajo de tus alas»
(Sal. 61:3-4).

En medio de la aflicción, nuestro primer instinto podría ser sonreír y pensar que todo estará bien. Dios está en control. ¿Por qué deberíamos lamentarnos? No hay nada que temer.

Aunque repetir una y otra vez que todo estará bien puede ser tentador, la Escritura nos muestra otra manera de responder al dolor. Sí, Dios está en control, pero eso no significa que no exista razón para clamar.

Dios creó un universo en perfecta paz y armonía, pero nosotros lo hemos arruinado. Desde que Adán y Eva fueron expulsados del Edén, las cosas no andan bien. Afortunadamente, ese no es el final de la historia. El Señor ha dispuesto restaurar todas las cosas. A través del sacrificio de Jesús, Dios recibe a pecadores arrepentidos como miembros de Su familia. Su pueblo vivirá junto a Él por la eternidad, sin dolor, aflicción, ni enfermedad.

Los cristianos vivimos a la luz de esta esperanza. Corremos hacia la meta con los ojos fijos en Jesús y lo que Él ha hecho a nuestro favor. Sin embargo, el camino por el que andamos no es un camino fácil de transitar. Vivimos en un mundo caído, un mundo quebrantado. Con frecuencia experimentamos aflicción por nuestro pecado y el pecado de otros. Una y otra vez somos confrontados con la realidad de los cardos y espinas de un mundo que no funciona como debería.

Todo eso duele. Duele mucho. Y nuestro Señor lo sabe. Por eso nos invita a clamar a Él (Mat. 7:7-12).

David conocía a su Dios, por eso podía cantar: «Desde los confines de la tierra te invoco, pues mi corazón desfallece; llévame a una roca donde esté yo a salvo» (Sal. 61:2). Y cada cristiano puede elevar la misma canción de confianza al Señor.

En medio de cualquier sufrimiento, tú y yo podemos invocar a Dios con toda honestidad respecto a nuestro dolor. Podemos expresar nuestro cansancio y pedir el amparo del Rey. Y eso no es todo. Cuando clamamos, también podemos estar convencidos de que el Señor del universo escucha nuestro clamor.

¿Por qué? Solo por Cristo.

Jesús clamó a Su Padre desde la cruz sin obtener respuesta para que nuestro lamento jamás fuera ignorado. Cristo fue desamparado en el madero para que nosotros pudiéramos correr a los brazos del Padre y no ser abandonados jamás.

El tiempo de dolor no es un tiempo para ocultarnos y alejarnos del Señor. Invoquemos Su nombre. Que nuestro sufrimiento nos lleve hacia Él, para que lo conozcamos de manera más profunda como nuestro refugio y disfrutemos del abrigo que encontramos bajo sus alas.

No tenemos que pintarnos una sonrisa en el rostro. No tenemos que fingir que no nos duele. Clamemos, que Dios está escuchando.